

¿Y ahora qué?

Juan Antonio Isla Estrada

- Del sainete a la crisis política.
- De la crisis política a la crisis institucional.
- De la crisis de las instituciones a la debacle económica.

El viernes primero sucedió en el Palacio Legislativo de San Lázaro lo que tenía que suceder. Fue el desarrollo de un sainete anunciado. Pero, aunque algunos piensen que hubo un serio quebranto a las leyes y a las instituciones nacionales, en realidad no pasó de ser un acto más de provocación de una fracción política que quiso desquitarse de quien creen influyó de manera determinante e ilegal en el pasado proceso electoral. Es decir, no ocurrió nada. Sólo un resquebrajamiento más de un protocolo anticuado que cada vez pone a prueba las difíciles relaciones del legislativo con el ejecutivo en el último tramo del ejercicio presidencial.

No estamos aún frente a una crisis política, sino ante un gesto de venganza berrinchuda, un acto de rebeldía que estuvo en el límite del espectáculo grotesco que nos debería de avergonzar ante los ojos del mundo. Pero, hay que reconocerlo, era una oportunidad que los perredistas no podían dejar escapar para enviar varias señales: su repudio a la persona que portaba la banda presidencial, su rechazo al 'mayoriteo' que los marginó de los órganos de gobierno en la Cámara, la advertencia de lo que pueden ser capaces si llevan su inconformidad al 1º de diciembre y más allá, la exhibición de fuerza suficiente de una minoría 'ultrajada' que puede paralizar al país y provocar una inestabilidad de graves consecuencias.

El costoso grito de campaña '¡cállese chachalaca!' se tradujo en la realidad en el impedimento perredista para que Fox leyera su informe. En respuesta, el Presidente tomó la decisión de difundir un mensaje grabado (pésimamente editado) y ese gesto representó una metáfora de su gobierno: ha optado por las cámaras de televisión en Los Pinos que dialogar ante las cámaras legislativas.

El asalto perredista de la máxima tribuna de la patria tendrá sus costos políticos. Curiosamente el pretexto para sitiar el estrado fue protestar por el cerco policial en lugar de reclamar las irregularidades del proceso electoral. Con esa actitud, cuando menos hasta ahora, se está evidenciando que el PRD lo que quiere es la confrontación y no los acuerdos. La lucha rijosa y no la batalla por la legalidad. Con ello está perfilando su futuro no en el diálogo y los consensos para construir la agenda nacional, sino en la revancha y la movilización. No la lucha adentro sino fuera, en la calle, en la exacerbación de los ánimos de la ciudadanía, en la incitación a la rebelión, en el desconocimiento de las instituciones, en la ruta de la radicalización, en el linchamiento de quienes no les otorgan la razón. El precio de esta actitud será impagable por la izquierda mexicana. Llegado el improbable caso de una nueva elección, la ciudadanía castigará esa estrategia que viene adoptando el PRD y su líder AMLO.

Por lo pronto es posible adivinar que la 'Coalición por el bien de todos' hará lo imposible para desdibujar el gobierno de Vicente Fox (sin darse cuenta que hacerlo víctima le da más popularidad, elemento éste tan primordial para las pretensiones de la 'pareja presidencial') y para reducir el margen de maniobra de Felipe Calderón cuando éste sea declarado Presidente Electo. Pero hasta aquí todo es un conflicto político. Aún no es una crisis política, ni crisis de las instituciones.

Otra cosa sería si el primero de diciembre el PRD y AMLO impiden a Calderón tomar posesión. O que los legisladores perredistas opten de manera generalizada por la lucha y las manifestaciones violentas y que al tomar protesta el Presidente Electo los gobernadores perredistas desacaten al gobierno federal. La rebeldía sistemática del perredismo en un Congreso secuestrado y la ruptura del pacto federal por los mandatarios de las entidades federativas sí sería una crisis política que devendría en crisis institucional.

Un escenario imposible puede evitarlo: que el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (no en la aplicación estrictamente legalista sino en la interpretación política de la ley y la realidad) resuelva en el sentido de anular la elección y recomiende se haga una reforma

electoral que limite a dos meses las campañas, prohíba la ingerencia presidencial y de los empresarios, prevea la segunda vuelta y constriña la contienda a los candidatos que ocuparon los dos primeros lugares.

Pero no será así. El escenario posible es que el primero de diciembre Felipe Calderón asumirá políticamente la presidencia en el obligado protocolo ante el Congreso de la Unión. Si el PRD le impide que tome la protesta, el país se quedaría momentáneamente sin Presidente. Entonces las consecuencias irían a parar a una crisis política con sanciones a los legisladores perredistas y hasta su expulsión y, en un extremo, la pérdida de registro del PRD. La reacción de éste sería de violencia sistémica y de llamado a la revolución. Aún en ese escenario fatídico las instituciones quedarían a salvo, no así el impacto sobre la economía del país que proyectaría una inestabilidad grave y ahuyentaría la confianza de inversionistas, sobrevendría una devaluación del peso y la debacle económica. Lo peor de todo es que la catástrofe financiera estaría acompañada de la revuelta. Toquemos madera.

En el escenario de la crisis, antes del primero de diciembre habrá una resolución del Tribunal Electoral, un grito y un desfile. Al lado de las fuerzas armadas que vigilarán la 'parada' militar existe un cuartel en el Zócalo y en Reforma; al tiempo que se celebre un aniversario de la independencia se estará desarrollando la Convención Nacional Democrática que estará diseñando un programa alternativo de Nación.

El asunto es bien delicado. Lo que está de por medio no es la preservación de acartonados ceremoniales oficiales, sino la manera de dar razonable cauce a las instituciones en medio de un movimiento social que, encabezado o no por un 'Mesías tropical', tiene legítimas aspiraciones de salir de la ignominia y la marginación ancestral. Cómo y cuándo será posible que construyamos en concordia un mejor país y, lo más difícil, quién será (alguien ajeno a la arrogancia y a la ira) capaz de conciliar esos extremos que hoy parecen separados por la soberbia triunfalista y el odio de la frustración. Cuándo será el día en que, pierdan o ganen los políticos, gane México. Lo que urge es una visión de Estado en los asuntos políticos y una sensibilidad para atacar las inequidades sociales, dejando atrás la frivolidad y el triunfalismo irresponsable que padecen unos, como la salida apocalíptica de la redención que proclaman otros.

Este tema da para más. Seguiremos tratándolo en próximas entregas.